

Paula Zubiaur

Gritos silenciosos

El terrible testimonio de una mujer
en un matrimonio aparentemente perfecto



Primera edición en esta colección: marzo, 2009

© Paula Zubiaur, 2003

© de la presente edición, 2009, Ediciones Ámbar, S.L.

Rambla Can Mora, 18, local 2, 08172 – Sant Cugat del Vallés (Barcelona)

<http://www.ediambar.es>

© Diseño de la portada: Helena Velázquez González

© Imagen de portada: Pau Guasch Palos

Printed in Spain

ISBN: 978-84-936784-0-1

Depósito legal: B-7242-2009

Impreso y encuadernado en Liberdúplex

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

A mis hijos

Soy muy feliz. O por lo menos soy tan feliz como la mayoría de las personas, con mis problemas cotidianos, las dificultades habituales del día a día. Llevo casi dos décadas disfrutando una vida normal, pero antes viví un auténtico infierno. Fui torturada por mi marido de forma continuada a lo largo de interminables años. Ahora que todo ese sufrimiento queda ya tan lejos me decido a contarlo, a dejar testimonio escrito de lo que ocurrió y de cómo ocurrió.

La idea de sacar a la luz mis terribles experiencias lleva rondándome por la cabeza desde hace muchos años, pero hasta ahora no he tenido el valor para hacerlo. Y digo el valor porque hace falta cierta valentía para enfrentarse a recuerdos como los míos. ¿Por qué lo hago? Yo misma no tengo muy claros los motivos. Hay una voluntad de ayuda, de aportar mi granito de arena en la lucha contra los malos tratos. Quiero que los lectores comprendan cómo se siente una mujer maltratada, que vean cómo con una apariencia de normalidad, incluso con prestigio profesional y personal dentro de su círculo, un hombre puede tener un com-

portamiento en la intimidad propio de asesinos de la peor calaña. Quiero denunciarlo, prevenir, que la gente no piense que eso no ocurre a su alrededor. Ocurría durante la dictadura de Franco y ocurre ahora. Ocorre entre la clase social más desfavorecida, entre la clase media y entre la clase alta. Mi historia de malos tratos ocurrió en un entorno social muy acomodado. No fue por falta de dinero, ni por falta de cultura (mi marido era licenciado en dos carreras). En definitiva, quiero que se sepa. Porque además no tengo nada de qué avergonzarme. Y esto quiero dejarlo muy claro: quien debe sentir la vergüenza no es la víctima, es el verdugo. Si me perdonáis la vanidad, os diré que me siento orgullosa de mí misma: de haber logrado salir de ello, de resistir, de haber tenido finalmente el valor de denunciarlo. Y este es otro motivo por el que quiero escribir este libro. Tal vez lo lea alguna mujer con circunstancias parecidas a las mías y le ayude. Me hago la ilusión de que quizás esa mujer que no se había atrevido hasta ahora a denunciarlo lo haga. Quiero que esa mujer sepa que se puede ser feliz después de haber sido maltratada.

Pero si soy sincera, he de reconocer que no solo me mueve un afán de ayuda. Para mí, el escribir estos hechos supone una liberación. Me demuestro a mí misma que lo tengo superado, que son sólo recuerdos, letras sobre un papel. Ya no duelen, no tienen poder. Escribo, pues, este libro como un exorcismo. Debía haberlo hecho hace tiempo, ya he referido que la idea de escribirlo es antigua. La obstinación de mi hija pequeña, que me ha insistido hasta la tozudez para que emprenda la tarea, así como los tiempos que corren me han facilitado la decisión. Parece ser que en la actualidad los casos de malos tratos van en aumento.

Yo no lo creo. Lo que sí creo es que hasta no hace demasiado no se hacían públicos, se ocultaban. La víctima tenía vergüenza. No tengo datos, pero seguramente fui una de las primeras mujeres en España en denunciar a su marido. Afortunadamente cada vez son más los malos tratos que se denuncian y se hacen públicos. Hoy día se habla de ello, el problema es conocido y, por tanto, se buscan soluciones. En la actualidad existen asociaciones de ayuda a mujeres maltratadas. Los políticos, los jueces, la policía, los vecinos, etc., son conscientes de la maldad que subyace en el hecho de maltratar a la pareja.

Con este libro no quiero perjudicar a nadie, no me mueve un afán de venganza. Mi marido falleció hace tiempo. Mis hijos y las personas más allegadas conocen la historia. Una vez pasada, no la he ocultado. Aprendí hace mucho que no hay nada indigno en haber sido maltratada. Sí que lo hay en maltratar. Aun así, he cambiado los nombres de las personas afectadas, incluido el mío: Paula es un seudónimo. No quiero que nadie se moleste porque, de una forma u otra, se le relacione con estos hechos reales. Tampoco quiero identificar la ciudad de donde procedo, que nadie me acuse de dar facilidades para que los personajes reales sean localizados. Sólo diré que estaba en el norte de España, y para facilitar la escritura le pondré el seudónimo de Alnorte. Por lo demás, soy tan fiel a la realidad como mi memoria me lo permite, y si lo sucedido no coincide exactamente con lo que está escrito, si alguna fecha baila un tanto, si algún hecho se ha modificado, se debe únicamente a la incapacidad de precisión total que tienen incluso memorias tan finas como la mía.

Comienzo mi historia con mi llegada a Madrid para estudiar en la universidad. Me veo con dieciocho años y una enorme ilusión en el Citroën Pato de mi padre recorriendo la carretera que en 1966 unía (separaba, más bien) Alnorte con Madrid. Me acompaña sólo mi padre, que es quien conduce, a pesar de que entonces tenía chófer. Pertenezco a una familia alnorteña bien situada económicamente. Se podría decir que éramos ricos, aunque parece que la gente tiene cierto pudor en calificarse de ese modo. Diré, para suavizarlo un poco y porque es la verdad, que éramos medianamente ricos y enteramente tradicionales. Mis padres eran muy estrictos en algunas cuestiones, no así en otras, y si por un lado me permitieron trabajar en la contabilidad de un negocio familiar para ganar algún dinero y conducir mi propio coche, y accedieron a que estudiara en la universidad, por otro lado no podía llegar a casa más tarde de las ocho y era castigada con severidad por un retraso de apenas cinco minutos; vigilaban muy de cerca mis amistades, hasta el punto de que tuve que ocultar que una de mis ami-

gas era hija de un sastre, y cuestiones de la más elemental biología femenina tuvieron que serme explicadas por la señora de servicio. En ese ambiente riguroso yo no había podido elegir la carrera que me habría gustado, Derecho, que fue considerada por mis progenitores como demasiado masculina, y tuve que acceder a matricularme en Filosofía y Letras, más acorde con mi sexo y posición. Aun así, viajaba hacia Madrid como quien se dirige a la tierra prometida, con la excitante emoción de saber que iba a lograr la libertad. Supongo que una chica de hoy día de dieciocho años se reiría al saber que llamo libertad a un colegio mayor de monjas en el que había que recogerse antes de las diez de la noche, pero todo es relativo. Yo era consciente del cambio que suponía en mi vida el irme a estudiar a Madrid, y mi padre también. Durante el trayecto, que recuerdo lleno de curvas y baches, mi padre me hacía preguntas continuamente sobre lo que yo esperaba de mi vida universitaria en Madrid, como si me estuviera haciendo un último examen para comprobar si tenía la madurez necesaria como para poder dejarme en la gran ciudad. Temerosa de que una mala respuesta pudiera hacer frenar en seco a mi padre y dar la vuelta, yo meditaba mis respuestas y trataba de dar una imagen de formalidad y recato que se oponía completamente a lo que estaba deseando. Debí de hacerlo bien, puesto que llegamos al colegio mayor, un edificio decimonónico del barrio de Salamanca, que era donde debía estar un colegio mayor que se preciara, aunque la ciudad universitaria quedara a kilómetros de allí. Tras prometer a mi padre que llamaría todas las semanas para ponerles al corriente de mis estudios, de mi adaptación a la ciudad, de mis nuevas amistades y de cualquier otra cosa sin omitir un de-

talle, me despedí de él con un apresurado beso y con una rimbombante frase: «Sabes que no me gustan las despedidas», que sin duda yo había sacado de alguna película o de alguna novela cursi de la época. Pero plagiada o no, el caso es que surtió su efecto y mi padre me dejó sola para que ingresara por mí misma, o tal vez la frase le traía sin cuidado a mi padre y lo que le movió a no acompañarme al interior fue la enorme barahúnda de mujercitas corriendo y chillando por los pasillos, arrastrando sus equipajes algunas, saludándose efusivamente otras que se habían reencontrado después del curso anterior, despistadas las más rodeando en tropel a las monjas en busca de información. En ese alboroto me metí yo como una más del grupo de las despistadas y de las que arrastraban sus equipajes. Mis padres me habían reservado una habitación individual y hasta ella me acompañó una de las madres. Se me pasó el tiempo entre instalarme, deshacer el equipaje y enterarme de los horarios y las normas del colegio, y llegó la hora de la cena. Yo no conocía a ninguna de mis compañeras. Me senté en un lugar discreto y pensé que poco a poco iría haciendo amistades. Una de las madres entró en el comedor y pidió silencio. Existía un grave problema: una de las chicas se había dado de baja en el último momento y como había reservado plaza en una habitación de tres, se habían quedado solo dos chicas compartiendo el dormitorio, lo cual estaba terminantemente prohibido por las normas del colegio. Yo no alcanzaba a imaginarme el porqué de tan absurda norma, pero vi la oportunidad de integrarme con mayor rapidez, pues antes había observado con cierta envidia cómo las chicas de habitaciones compartidas empezaban ya a congeniar. Levanté la mano, gesto infantil de reminiscencias

de la escuela primaria del que nunca me he desprendido del todo, y empecé a hablar cuando me autorizó la madre. Me brindé a abandonar mi habitación individual y compartir la que generaba el conflicto. No lo recuerdo, pero supongo que de este cambio no informé a mi familia, y posiblemente mis padres siguieron pagando el coste extra que suponía una habitación individual. Aquella misma noche trasladé mis enseres y conocí a mis compañeras, Macarena y Rorro, dos andaluzas con las que todavía hoy conservo la amistad. Macarena era malagueña y estudiaba Arte y Decoración. Rorro era de Sevilla y estudiaba Ciencias Políticas. La convivencia fue desde el primer momento maravillosa. Supongo que las tres éramos igualmente unas niñas mimadas de provincias con enormes expectativas vitales en la gran ciudad, y eso nos unió desde el principio. Protestábamos entre risas por la comida, nos enseñábamos nuestros respectivos vestuarios, que no tardaríamos en intercambiar con frecuencia, acudíamos juntas a estudiar a la biblioteca y empezamos a descubrir los lugares de moda de entonces en la calle Serrano o la cafetería California 47, donde hablábamos, cómo no, de hombres. Allí íbamos en busca de los niños «cuscurritos» (actuales «bollicaos») con su frase favorita: «Me apestan las manos a volante». Intercambiábamos miradas con ellos, seguidas de cuchicheos y risitas, y cuando se atrevían a acercarse a nosotras, salían habitualmente escaldados. Macarena, Rorro y yo éramos tres chicas guapas a las que no nos valía cualquiera.

La primera vez que lo vi fue de una manera absurda y ciertamente simbólica. En el colegio había diez escalones de mármol blanco desde la recepción al portal. Siempre que salía, me gustaba saltarlos de golpe. Era una manera de exteriorizar mi alegría por salir a la calle y un juego infantil de quien era por entonces, en gran medida, todavía una niña. Recuerdo cómo iba vestida esa tarde. Llevaba unos vaqueros azul pálido, una camiseta, un chaleco por los hombros y unos mocasines Kiowa. Debía de parecer una colegiala. Sólo me habría faltado una piruleta. Había quedado con Macarena, que me esperaba en alguno de nuestros sitios habituales. Tras el preceptivo planchado de la melena, bajo a recepción, cojo carrerilla, salto las escaleras y me doy de morros con un señor bajito y calvo prematuro. Me sujeta un instante y me espeta: «¿Te persiguen los grises?». Después me mira a través de los gruesos cristales de sus gafas y me dice en tono confidencial: «Tengo una foto tuya encima de la cómoda de mi dormitorio». Yo no reacciono. Ante el bochorno de haber chocado con un señor desconocido y

haber escuchado una salida suya tan surrealista, permanezco callada y sin saber dónde meterme. Él me pide perdón por si me ha incomodado e insiste en que, aunque yo no lo supiera, él me conoce desde hace tiempo y añade que siempre le he parecido preciosa. Balbuceo algún tipo de excusa y salgo corriendo del colegio. Atónita, estupefacta, caminaba por las calles preguntándome de qué me podía conocer ese hombre y cómo y con qué derecho podía tener una foto mía..., ¡en su dormitorio! Tampoco me explicaba qué hacía en el portal del colegio mayor. ¿Acaso me estaba siguiendo? ¿Se trataba de un perturbado que la había tomado conmigo y esperaba durante horas a que saliera? ¿O simplemente era un gracioso con ingenio que se le había ocurrido decir que me conocía y que tenía una foto mía como quien dice voy a hacerte emperatriz de Lavapiés? Cuando por fin me encontré con Macarena, le conté inmediatamente lo sucedido. Aparte de parecerle gracioso, no le dio mayor importancia. Yo traté de hacer lo mismo durante los siguientes días, pero no pude evitar sentir una comezón de intriga que me mantenía inquieta. Quizás era una premonición. Lo cierto es que el incidente me afectó más de lo que habría sido normal, al fin y al cabo solo era un estúpido choque fortuito con un desconocido que había tenido una salida un tanto desconcertante. Con el tiempo he reparado en el gran valor simbólico de ese encuentro: la primera vez que lo vi, yo estaba saltando como una niña.

Pocos días más tarde, una compañera del colegio, algo mayor que nosotras, nos invitó a Macarena y a mí a una fiesta que organizaba su novio. Nos sorprendió la invitación, ya que no era una chica a la que tratáramos demasiado. Se llamaba Dolores, pero sus compañeras de habitación

la habían motejado como «Lolifán» debido a las fantasías con que se daba aires de grandeza, y por ese apodo la conocíamos todas. Precisamente por ello, porque se rumoreaba que alardeaba de un novio enormemente rico que iba para ministro y a nosotras nos divertía comprobar lo que había de cierto y de fantasía en ello, decidimos aceptar su invitación. Nos pusimos nuestras mejores galas y hacia allí nos dirigimos. Cuál sería mi sorpresa cuando en el elegante piso de la Castellana del novio de Lolifán, nos abre la puerta el señor bajito con el que había chocado. Si Macarena notó mi estupor al principio, enseguida supo a qué se debía, porque el señor apenas hechas las presentaciones y los saludos insistió de nuevo en que tenía una foto mía y en que me conocía desde hacía tiempo. Para completar mi estupor, el señor se dirigió al dormitorio y apareció al poco con una foto mía enmarcada. La reconocí al instante. Se trataba de una foto de mi puesta de largo, costumbre de las niñas bien de la época por la que, cómo no, yo pasé. No me podía explicar qué hacía esa foto en poder de ese señor, y él no parecía dispuesto a revelármelo de inmediato, divertido por mantener la intriga. Fue Manolo, un amigo suyo que nos acababa de ser presentado, el que dio una explicación, atribuyéndose la culpa. «Esa foto se la he dado yo», comenzó a contarnos. Nos explicó que, como yo, ambos eran de Alnorte, aunque residían desde hacía tiempo en Madrid. En uno de sus viajes para ver a sus respectivas familias, se pararon delante del escaparate de una tienda de fotos donde estaba, por lo visto, expuesta mi foto de la puesta de largo. El señor bajito se quedó prendado de esa moza de diecisiete años, elegantemente vestida y maquillada para la ocasión. He de decir que yo era muy guapa de joven, in-

cluso había ganado un par de concursos de belleza en lugares de veraneo siendo todavía adolescente, y en concreto en aquella foto estaba especialmente favorecida. Fue tal la atracción del señor por esa imagen que ambos amigos decidieron buscarme por la ciudad. Después de lo que supongo que sería una absurda e infructuosa búsqueda, Manolo decidió darle una sorpresa a su amigo. Entró en la tienda de fotos y habló con el dueño, quien no solo le dio mi nombre, apellidos y dirección, sino que tuvo la osadía de venderle mi foto. Presumo que mediaría una buena cantidad. Obvio es decir que ni yo ni, con total seguridad, mi familia estábamos al corriente ni habíamos autorizado que mi foto fuera expuesta en un escaparate. Y así, por la deshonestidad de un fotógrafo, fue determinada mi vida. Ahora no le culpo: sólo cometió una pequeña falta. Ahora tengo muy claro quién fue el culpable, pero durante años he pensado con odio en ese fotógrafo desconocido que le vendió al destino la batuta para dirigir mi vida por derroteros de sufrimiento. Pero como bromea mi hija pequeña: «Sin ese fotógrafo, ni mis hermanos ni yo existiríamos». Y eso es suficiente consuelo para no lamentar nada.

Pero volvamos a la fiesta, donde no nos quedaremos mucho tiempo, como no nos quedamos Macarena y yo en aquella ocasión. Estaba realmente incómoda en esa fiesta. No solo por la historia de la foto, que en principio me pareció más una desfachatez que un gesto romántico, sino también por el hecho de que sin ningún escrúpulo el señor mostrara su admiración por mí a escasos metros de su novia Lolifán, que estaba atendiendo a otros invitados, así como porque me contara que había sido él quien le había solicitado que nos invitara, por mucho que la llamara su

amiga en lugar de su novia. De modo que al cabo de apenas media hora, inventamos una disculpa y nos fuimos. Es posible que el lector se haya hecho a esta altura una idea errónea sobre la edad del señor. No llegaba entonces a los treinta años, aunque por poco, pero aparentaba bastantes más debido a una avanzada calvicie, a su forma de vestir y a sus maneras. En todo caso, yo tenía bastantes años menos, para mí era un señor y esa era la forma mental de referirme a él. No voy a revelar su nombre, ni siquiera lo voy a sustituir por otro. Más adelante cambiaré la forma de llamarle, y lo haré varias veces, coincidiendo cada una de ellas con el punto de la historia en que yo le puse otro mote para mis adentros.